

SOLDADO ISABEL FERNÁNDEZ JIMÉNEZ, CAMPEONA DEL MUNDO DE PARA-KÁRATE

«ESTOY EN DEUDA CON EL EJÉRCITO»

Destinada en la Escuela Central de Educación Física, padece una artrosis degenerativa que la obliga a utilizar a diario la silla de ruedas

CUANDO Isabel Fernández Jiménez consiguió la medalla de oro del mundial de para-kárate, organizado el pasado mes de octubre en Hungría, ya sabía que iba a ser su último campeonato. De hecho, ni siquiera iba a participar porque «en el europeo celebrado siete meses antes, lo pasé muy mal, con mucho dolor, metida en la cama antes y después de la competición muy medicada». Entonces tomó la decisión de retirarse; pero no lo hizo. Aguantó una competición más y ganó su tercer mundial, título que sumó a los cuatro europeos y tres nacionales que adornan la vitrina deportiva de esta soldado destinada en la Escuela Central de Educación Física, en Toledo. Pero su trayectoria, tanto profesional como deportiva, no ha sido fácil. Con 28 años le diagnosticaron una artrosis degenerativa que le ha ido debilitando hasta dejarla en silla de ruedas.

Ahora, con 36 años, realiza labores administrativas. «Que me hayan permitido trabajar, es un regalo», señala esta soldado que dice sentirse en deuda con el Ejército. «Muchos me dicen que soy un ejemplo y no les puedo fallar. Sobre todo a los compañeros que tienen discapacidades menos visibles que la mía. Si ven que yo puedo, ellos pueden».

Isabel no ingresó en el Ejército hasta los 27 años, pero durante toda su vida había estado rodeada de uniformes. Hija de militar, nació en Medina del Campo (Valladolid), donde estaba destinado su padre, y, a los ocho años, se fue con toda la familia a vivir a Toledo. Fue su padre precisamente quien la informó de que habían salido plazas para

soldados y no se lo pensó, consiguió una de ellas e ingresó en el Centro de Formación de Tropa nº 1, en Cáceres. «Fueron los cuatro meses más divertidos de mi vida. Me lo pasé en grande», asegura. «Yo hacía atletismo y me gustaba el tiro, pero, lógicamente, practicarlo costaba dinero. En el Centro, sin embargo, me pagaban por hacer algo por lo que yo antes pagaba». «Sabía dónde me metía —añade— pero me lo pasé mucho mejor de lo que esperaba».

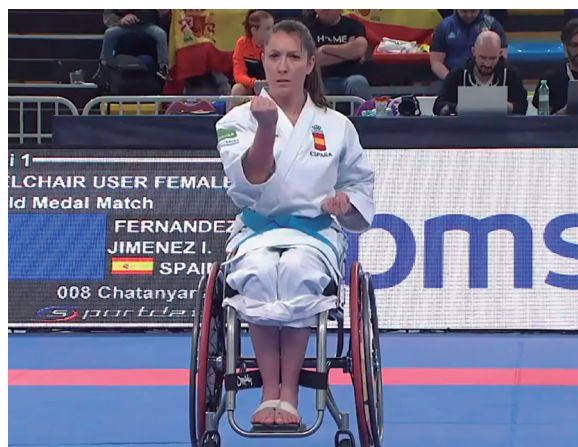
Al finalizar su formación, fue destinada al Regimiento *La Reina nº 2*, de la Brigada *Guzmán el Bueno X*, en Cerro Muriano (Córdoba). «Pedí una unidad operativa porque quería ir de misión», recuerda. Pero no pudo ser. Al poco tiempo de llegar allí, comenzó a tener problemas con una rodilla. Ella había hecho deporte toda su vida y pensaba que le dolía por correr. Sin embargo, tuvo que pasar por el quirófano y fue entonces cuando llegó la mala noticia. «Me dijeron que lo mío no tenía cura. Que padecía una artrosis de una persona de 65 años».

Tras la intervención, Isabel pidió el alta voluntaria para no perder destino y lejos de resignarse ante el diagnóstico médico, intentó recuperarse con rehabilitación. «Pero al correr, me caía, iba a tiro y a la vuelta me tenían que llevar la mochila. Recuerdo que vivía a 700 metros del cuartel y por la mañana llegaba bien pero al regresar por la tarde tardaba más de 20 minutos. Un día me vio el capitán, me preguntó si me llevaba en coche y tuve que decirle que sí. ¡No podía andar ni 700 metros!», explica.

Pasó por el tribunal médico porque parecía claro que no podía permanecer en una unidad operativa sino que debía estar en un destino donde no tuviera que andar tanto. Tras ser declarada «Apta con Limitaciones 4» se presentó en el acuartelamiento para decir que ya podía trabajar y que si no había ninguna plaza APL4 vacante que le dieran una comisión de servicio no indemnizable. «Lo que fuera antes de quedarme en casa sin hacer nada». Y así fue, primero en la Academia de Infantería de Toledo, después

en San Gregorio (Zaragoza), hasta que, finalmente, salió una vacante para la Escuela Central de Educación Física, donde se encuentra en la actualidad. «Mi puesto está totalmente adaptado, con salva escaleras, baño adaptado, rampas», señala. Unos cambios que se realizaron cuando llegó Isabel. «Al principio usaba muletas pero he ido empeorando y desde el verano de 2019 utilizo la silla de ruedas a diario».

Allí se encuentra muy a gusto, reconoce, «muy arropada por los compañeros, que me ayudan en todo lo que pueden respecto a mi trabajo». Y aunque el clima de Toledo no es bueno para su enfermedad —la humedad



La soldado Fernández durante el último campeonato del mundo de para-kárate celebrado en octubre donde ganó el oro.



Isabel Fernández en el gimnasio de la Escuela Central de Educación Física de Toledo donde se ejercita siempre que puede.

Hélène Gicquel

le provoca muchos dolores— es consciente de que necesita la ayuda de su familia que vive en la capital castellano manchega. «Soy una persona dependiente y hay días que me puedo manejar sola y días en los que no puedo hacer nada».

GRAN DEPORTISTA

Isabel Fernández siempre fue una gran deportista. Entre otras disciplinas, practicaba kárate desde los cuatro años. Cuando su enfermedad le impidió hacer deporte convencional, se metió de lleno en el adaptado.

Empezó con el baloncesto en silla de ruedas —llegó a jugar en segunda división, en Leganés— y el ciclismo adaptado —fue cuarta de España—. También piragüismo —subcampeona de España en 5.000 metros— y *powerlifting* (halterofilia adaptada). La fortuna hizo que se reencontrara con el que había sido su entrenador de kárate. «Fue él quien me sugirió la idea de intentarlo en silla de ruedas. Mi pregunta fue clara: ¿pero se puede?», recuerda. En España no había referentes de esta disciplina, no sabían cómo hacerlo. «Tuvimos que empezar de

cero. Mirábamos las katas que nos gustaban y trabajábamos las que podían quedar mejor en silla de ruedas». Pocas semanas después, participó en el Campeonato de España, en Ávila, en el mismo polideportivo donde había disputado su última competición de pie. «Fue muy bonito porque era como decir: aquí cerré y aquí empiezo. Recuerdo estar llorando mientras hacía las katas». Tres meses después —era noviembre de 2018— llegó su primer mundial al que fue, según reconoce, «a ver que pasaba». Nadie se lo esperaba, ni ella misma, pero ganó, algo que no ha dejado de hacer desde entonces.

Sin embargo, el kárate no es el deporte más apropiado a su dolencia. «Tiene movimientos muy explosivos». De hecho, haciendo pesas, Isabel no tiene dolores. Pero también ha dejado de practicar la halterofilia porque «ya no voy a ganar fuerza, al contrario, voy perdiéndola. ¡Bastante tengo con intentar mantener la que tengo! Pero sé que no voy a mejorar», asegura.

Por su trayectoria deportiva, Isabel Fernández fue una de las militares premiadas durante la III Gala del Deporte Militar celebrada en Madrid el pasado mes de septiembre. «Fue muy bonito que se reconociera el trabajo de los deportistas con discapacidad —señala—. Poco a poco se nos va dando más visibilidad, se reconoce nuestro esfuerzo, nuestro sacrificio. Es de los premios que más me han gustado y que más ilusión me ha hecho recibir».

Al ser militar de tropa no permanente, Isabel Fernández podría mantener su empleo hasta los 45 años. «Pero dependerá de mi estado de salud porque he notado un bajón muy fuerte este último año y medio. Hay días que tengo mucho dolor y tardo una hora en levantarme de la cama. Voy aguantando pero no se el tiempo que podré seguir», asegura con tristeza. Los médicos ya le dijeron en enero de este año que se habían acabado para ella el deporte y el trabajo. «Pero no quiero dejarlo. Estoy intentando, con la ayuda de psicólogos y psiquiatras, asimilar mi situación, interiorizar los cambios que experimenta mi cuerpo, porque cuando me acostumbro a que no me funcionan las piernas, me empiezan a fallar los brazos, y cuando lo he asumido, falla la vejiga. Y, sobre todo, tengo que pensar qué haré con mi vida. Porque —concluye— mi vida es mi trabajo y el deporte y si me los quitan, me queda un vacío muy grande».

Elena Tarilonte